

COMO EL OTRO

Por Alicia M. Machado

Sólo una voz.

Aunque no era en realidad una. Eran muchas. Miles. Todas.

La multitud atravesaba desiertos y montañas siguiendo su llamado. La voz de su voluntad.

Y él, disfrutaba del poder y lo exageraba hasta todos los extremos. Ellos hacían lo que a él se le antojaba. Lo que fuera.

Antes del accidente, cuando no podía ni siquiera obedecer sus propios deseos, había crecido acobardado y solo. Nunca tuvo familia y se escapó del orfanato a los dieciséis años.

Viajó de linyera en cuanto medio pudo robar: caballos, motos, bicicletas. Subió a trenes de carga y hasta barcas de contrabandistas baratos. Recorrió montañas, ríos y bosques. No recuerda dónde estaba cuando chocó contra un camión con la moto robada y perdió las orejas, guillotinas por los fierros. Inconsciente llegó a un hospital desconocido.

Entonces, y más tarde en el penal, custodiado y mal atendido, descubrió que sin orejas podía oír lo que antes no. Escuchaba a través de paredes, de distancias, de silencios. Podía fijar la atención en cualquier cosa o cualquier lugar, como sintonizando una radio de frecuencia modulada, moviendo la cabeza hasta encontrar el sonido. Ahí supo de ambiciones desmedidas y mentiras inmundas, pero también cómo encontrar la manera de escapar, deshilvanando los pensamientos de los guardias.

Una vez afuera supo que era tiempo de seguir explorando el milagro y, de a poco, se fue mutilando. Cuando perdió las manos pudo tener todo lo que antes no había alcanzado, sin ojos vio hasta el más allá, sin piernas recorrió el mundo, y cuando metió la cabeza en la guillotina sólo quedó la voluntad.

Y supo que con solo concentrarse en alguien esa voluntad era satisfecha. Movía a los hombres y mujeres que quisiera como piezas de ajedrez. Subían y bajaban, hacían declaraciones inexplicables, cometían actos criminales y, para su propio regocijo, hasta vio avaros y miserables entregar toda su fortuna.

Y encontró la felicidad en el poder absoluto. Era eterno. Como el Otro.

Pero una vez, arrastrando multitudes en ciudades contaminadas, detuvo su atención en un ser apenas visible al costado de un río. El hombre tenía en las manos sus dos orejas, perdidas en un ataque de matones, cortadas sin piedad como castigo por haber escuchado lo que no debía. Estaba parado, tambaleándose, y tenía en la mirada el dolor

físico enorme pero, además, la misma sabrosa sensación del descubrimiento del poder que él había sentido antes.

Supo que vendrían tiempos difíciles y que tampoco él podía evitar las guerras.

Entonces, sólo esperó.